

bargo, ¿quién os impide ir á buscarlos á otra parte?

—¿Adónde?

—Apenas son las dos de la tarde. Pues bien; yo sé que á las cuatro deben de estar en las inmediaciones de la puerta de Montmartre, y nosotros también.

Cocardasse se puso en pie y exclamó:

—¡Mal pecado! Allí nos encontraremos todos; y estoy seguro de que os agrada la conversación que tengamos con ellos, maese Blanchrochet.

Una hora después separábanse de sus problemáticos amigos, asegurándoles que no faltarán á la cita.

—¡No haya miedo!—dijo Cocardasse cuando se hubieron alejado del figón.—¡Conozco á algunos que no necesitan preocuparse por la cena de esta noche!

—¡Ya lo tenemos!—decía al mismo tiempo Blanchrochet.—Ve á prevenir á Gendry que esos imbéciles vendrán por sí propios á meterse en la boca del lobo.

## VI

**Las intenciones de Blanchrochet.**

Las Memorias del marqués de Souches nos hacen saber que la palabra *bravo* no es del todo francesa; quizás quería decir con ello que una gran cantidad de esa gente pertenecían á nacionalidades extranjeras, siendo alemanes, italianos, españoles, suizos y de otros países. En el curso de nuestra narración nos hemos tropezado con varios ejemplares de muestra: Saldaña, Pinto, Giuseppe Faenza, Staupitz, el barón de Batz, Palafox, etc. Sea como fuere, los describe en los siguientes términos, nada lisonjeros:

«Este término—dice—no es del todo francés correcto; pero se usa muchísimo para significar á las gentes que hacen profesión y mercancía de su espada, poniéndola al servicio del mejor postor para empresas buenas ó malas; y se designa con ella más propiamente á los pícaros y personas de mala vida.»

Calcúlese el aspecto que tendrían las calles de París en aquella época, considerando que J. de Bruge, en su famoso libro *Arte de la esgrima*, publicado en 1721, afirma que más de diez mil bravos asistían á las salas de armas y ejercitaban la mano fuera de ellas.

La ciudad era un palenque cerrado. En las calles se asesinaba á la gente por dinero, por venganza, por robarlas; y en las vías más anchas y frecuentadas, en los bulevares, *verbi gratia*, oíase con frecuencia, y lo mismo al mediodía que á media noche, el chis chás de los aceros. Á veces varios bravos se acuchillaban entre sí simplemente por vanagloria ó fanfarronería, y el espectáculo diario de lances parecidos deleitaba sobremanera á los vagos y papanatas de la capital, no obstante lo acostumbrados que estaban á presenciario.

No se curaban de ordenanzas y vetos, y la policía era impotente para hacerlos cumplir. M. Machault con sus agentes no podía luchar con aquellos diez mil espadachines que sacaban al aire sus aceros por un quitame allá esas pajas veinte veces cada día. Como pelear entre sí no les reportaba provecho alguno vendían su espada al que la pagaba mejor, y operaban por grupos ó cuadrillas poco numerosas para no tener que repartir entre muchos el dinero recibido por sus hazañas.

Así es como hemos visto á Gendry y sus tres acólitos trabajar por cuenta de Gonzaga, sin averiguar si la causa era buena ó mala, ni informar á ningún colega del asunto, ni preocuparse más que de la ganancia que Gualter había de repartir, y de la cual contaba

quedarse con la parte del león y tirar todavía algún pellizco decente, si no en la del *Ballena*, por lo menos en la de los debutantes Ibo de Juján y Rafael Pinto. Sin saberlo, haciendo estos cálculos se parecía un poco al cándido personaje de Lafontaine que se apresura á vender la piel del oso cuando todavía no lo ha cazado.

Sin embargo, no dejaba de comprender que estaba lejos de poder hacer aquel reparto: fracasó el golpe en el baile de Saint Aignan, y Lagardère había desaparecido como por encanto; á Aurora, demasiado bien guardada, no podía pensarse en arrebatarle ni una cinta del vestido; el *Ballena* se había echado encima un nuevo adversario, quizás no depreciable; Cocardasse y Passepoil salieron sanos y salvos de un lazo diestramente combinado, en el cual otros muchos habrían dejado el pellejo. Tal era la situación.

Cuando Gonzaga y Peyrolles llegaron á París, su primer cuidado fué ponerse á la busca de los cuatro bandidos, á quienes no tardaron en hallar.

—¿En qué estamos?—preguntó el mayordomo.

Gualter, muy mohino, hubo de confesar que todo estaba por hacer, y que hasta ignoraba el paradero de Lagardère. Felipe de Mantua tuvo un violento arrebató de cólera.

—¿En qué habéis empleado, pues, el tiempo y el dinero?—preguntó:

Gendry tuvo que contar minuciosamente todas sus tentativas abortadas, ponderando mucho los peligros corridos por él y por sus acólitos, y haciendo resaltar su abnegación y su mala suerte. La desaparición de Lagardère preocupaba hondamente á Gonzaga. No era admisible que, constándole que él había escapado de España, el Conde se quedase en aquel país en vez de apresurarse á reunirse con su novia.

—¿Qué ópinas?—preguntó en voz baja á su factótum.

—Que quizás nos haya seguido á Inglaterra—suspiró éste.

—¡Imposible! Se nos hubiera mostrado de algún modo.

—No se muestra sino cuando quiere y en el momento propicio. No me sorprendería que nos preparase alguna trastada. Desconfiemos de él más que nunca.

—Con eso no adelantará nada nuestro negocio.

—Hemos llegado á tiempo, puesto que no se ha celebrado el matrimonio. Nuestro primer cuidado debe ser impedir que se celebre.

—¿Y si la casualidad nos hubiera librado

de nuestro enemigo y sus huesos yacieran en algún precipicio de los Pirineos?

La frente del Príncipe irradió de satisfacción con tal esperanza; pero no tardó Peyrolles en aguarle la fiesta, atrayéndolo á la realidad.

—Mientras no tenga en mis manos su cráneo, con las pruebas fehacientes de que es el suyo, diré: Vive, y nos acecha.

El coloquio teníase un poco aparte de Gendry y sus acólitos, que estaban hablando con varios bravos, muy sorprendidos de ver en el figón de los *Sacamantecas* á aquellos mercaderes holandeses, cuyos nombres aseguraba ignorar Gualter. Peyrolles llamó á los cuatro hombres, y reuniéndolos en un rincón les reprochó de nuevo que no hubieran hecho aún nada, si bien en términos mesurados, por temor de que denunciasen al teniente de policía su presencia en París. El factótum sabía cómo se manejan conciencias de pícaros, y que, humillando á un hombre á quien se paga, se le convierte en el más peligroso enemigo.

—Hay que proceder deprisa—dijo á su vez Gonzaga.—Poned diez, veinte hombres si hace falta para el negocio; pero hay que acabar. No faltan buenas voluntades y espadas prontas á venderse. Dinos las que están aquí en venta y cuáles son entre ellas las mejores.

Gendry no trató de protestar: su fracaso

hasta entonces le había hecho perder algo de su aplomo. Hizo una seña á Blancrochet y á Daubry para que se aproximaran, y los presentó al Príncipe.

—Entiéndete con ellos—dijo éste á su factótum.—Diles lo que tienen necesidad de saber, y nada más.

Y empezó á pasearse por la sala, siguiéndole con la vista media docena de espadachines sentados á una mesa en la pieza vecina que le contemplaban ansiosamente. Blancrochet comprendió que aquella curiosidad podría molestar al flamante extranjero y que convenía hacer el vacío en torno de su conferencia.

—¡Un momento!—exclamó.—Hay aquí demasiadas orejas para escuchar y ojos para ver.

Y dirigiéndose á los bebedores les dijo en un tono que denotaba su dominio:

—Señores, quizás os convenga mucho irós á dar una vuelta por el Puente Nuevo. Va á llegar el invierno muy en breve, y debéis pensar en proveeros de capas.

Todavía no se había perdido entonces la costumbre de acudir al famoso Puente á escuchar los gritos de los vendedores ambulantes de libros y objetos menudos, oír los discursos de los charlatanes, reírse con las ocurrencias de los juglares, presenciar los ejercicios de los titiriteros, y aprovecharse del descuido de

los papanatas para robarles capas y bolsillos.

Los clientes del figón no eran los últimos para estas faenas, y en esto seguían el ejemplo de muchos gentileshombres que vivían así, pues pocos eran los que tenían los escrúpulos del señor de Esternod, á quien el temor al castigo impedía cometer esas raterías, si hemos de dar crédito á sus versos:

*«Iba pedestremente, como caduco anciano,  
luciendo mi peluca por calles y por plazas,  
y maquinando siempre algún golpe de mano  
que, aun cuando me costase esfuerzo sobrehumano,  
concluyera en un verbo con mis mezquinas trazas.*

*Sentía muchas veces impulsos muy vehementes  
de arrebatat, ó capas flamantes, ó bolsillos,  
como á mi lado hacían buen número de gentes;  
pero me detenían los mil inconvenientes  
que tiene, con frecuencia, obrar como los pillos.*

*¡Ah, si no hubiese sido que había policial...»*

Los clientes del figón de los *Sacamantecas* no la temían, y se apresuraron á desalojar la sala. Este acto de autoridad fué llevado á cabo, principalmente, con el objeto de conquistar la confianza de Gonzaga y Peyrolles. Blancrochet se sentó en cuanto los bandidos se hubieron marchado y dijo tranquilamente:

—Podéis hablar como si estuvierais en vuestra casa. Ya no hay nadie.

El mayordomo indicó con un gesto á Ca-bocha y á sus criados.

—Ese es mudo por conveniencia y por necesidad: los otros lo son de nacimiento. Os es-cucho.

La conferencia fué larga. Al principio Pey-rolles, que nunca podía prescindir de sus cos-tumbres hipócritas y pérfidas, comenzó con di-gresiones, rodeos y medias palabras, presentan-do el negocio nada más que en líneas genera-les; pero el bravo le interrumpió secamente:

—No nos entendemos, caballero. La facili-dad de palabra que poseéis parece que se os hubiera concedido con el único fin de disfra-zar vuestro pensamiento. Y debo advertiros que si esperáis de mí absoluta fidelidad y abne-gación, es preciso que habléis con claridad y franqueza.

Gonzaga escuchaba, atraído un tanto por el semblante de aquel bandido, que no parecía ser uno de tantos. Entonces dijo:

—Está bien; díselo todo. Pero tú no olvi-des que me respondes del secreto con la ca-beza.

El espadachín le miró con altivo desdén.

—Si no tenéis confianza, aún estáis á tiem-po de callaros; pero el que aquí, donde yo soy el amo, dude de mi palabra, no saldrá sino con los pies hacia adelante.

—¡Déjate de fanfarronadas!—gruñó Gon-zaga.—¡No sabes á quién hablas!

El pícaro sonrió, y repuso frotándose sus manazas una con otra.

—¡Error, príncipe mío! ¿Creéis que no lo adiviné? Hay gentes, Monseñor, que no tienen derecho á hablar fuerte en las inmediaciones del Palacio Real. Vos hubiérais podido tener-me en contra; pero habéis tenido el talento de que sea de los vuestros... lo que es mucho más conveniente para todos. Mas para ello es nece-sario que por una y otra parte juguemos á cartas vistas.

Gonzaga aprobó, seducido por la desenvol-tura y energía del bravo, y Peyrolles no titu-beó en declarar los nombres de ambos, puesto que habían sido conocidos, y contar por qué razón se ocultaban disfrazados. Dióle la lista de los *enrodados*, le indicó sus disfraces y el modo de hallarlos, y convinieron en que todas las noches iría él mismo ó enviaría á alguien para saber lo que habían hecho durante el día y acordar lo que debía hacerse al siguiente.

—Las jornadas son largas—dijo Blancrochet—sobre todo cuando se saben emplear bien. Gendry y yo necesitaremos vernos con frecuen-cia para concertar acciones aisladas ó comunes, y celebraremos frecuentes entrevistas en diver-sos sitios de París. Por lo que toca á vos, envia-

réis aquí á alguien ú os enviaré yo cada dos horas un mensajero de mi confianza á fin de teneros al corriente de lo que ocurra. Ese proceder tendrá la ventaja de evitaros idas y venidas sospechosas por estos andurriales. ¿Os conviene?

—Eres un hombre precioso, y no perderás nada.

—Hay que juzgar á las gentes por sus actos y no por sus palabras—replicó altivamente el bandido.—Por lo que hace al precio, tengo plena confianza en que será justo y cabal, porque me reservo el derecho de fijarlo en absoluto, y, al final, si os parece que os cuesta caro, será porque la obra estará muy bien hecha.

En seguida pidió á Gendry explicaciones para enterarse de á qué altura se encontraban respecto al asunto, y el ex-sargento le contó minuciosamente cuanto había hecho. Así se comprende que al día siguiente, al llegar al figón los dos diestros les indicara el punto donde había quedado Blancrochet citado con los demás bandidos que intervenían en el atentado.

—Esos dos hombres nos estorban mucho, indicó Peyrolles.—Son dos perros de presa fieles, que sólo pueden servirnos para indicarnos el escondite de su amo. Antes de matarlos, convendría hacerles hablar.

—No hablarán, aunque lo sepan; pero creo que ignoran en absoluto dónde está Lagardère.

—Si fuera en el otro mundo—pensó Gonzaga,—sería una obra de caridad enviarlos á reunirse con él.

El mayordomo echó en la mesa varios puñados de oro.

—Ahi tenéis para los primeros gastos. Esta noche os daré á conocer nuestro domicilio. No perdáis tiempo, pues los minutos son preciosos.

Y al lado de su amo regresó á París. Por las calles la muchedumbre miraba á aquellos dos personajes tan extraña y ricamente vestidos, que paseaban sin rumbo fijo y se detenían de vez en cuando como si visitasen por primera vez á París.

Alquilaron una habitación en la calle de los Fosos de San Germán, cerca del Café Procopio, al cual les daba acceso su calidad de extranjeros, sin despertar por ello la curiosidad. En aquel establecimiento se reunían literatos y cómicos, gente fácil de abordar, poco investigadora por índole, y, por añadidura, muy propicia á charlar mucho, sin exigir confidencias en cambio. De esa manera creían poder ponerse al corriente de cuantas novedades ocurrieran en la corte y en la ciudad,

Una casa discreta que tenía por rótulo *El Escritorio*, habitada principalmente por inofensivos literatos, fué la elegida por Peyrolles. Nadie hu-

biera pensado en buscar en semejante sitio (tres habitaciones para los dos y un solo criado á su servicio) al muy noble y rumboso Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, y su factótum y condenado consejero.

Aquella misma tarde se habían instalado, aguardando á los bohemios y su oso, los titiriteros y los peregrinos, á quienes alojarían en los distintos barrios en que creyeran más conveniente su presencia.

En resumen, el Príncipe y su mayordomo iban á poder disponer de las siguientes fuerzas: los seis enrodados, Blancrochet y Daubri, con seis hombres más; Gendry, el *Ballena* y sus dos acólitos. En total, dieciocho hombres: con ellos dos, veinte, todos resueltos, sin conciencia ni escrúpulos.

En cambio, contra aquella fuerza, Lagardère sólo podía oponer á Chaverny, Navailles, los dos diestros, Antonio Laho y el jovenzuelo Berrichón. Verdad que él solo valía por quince; pero se hallaba ausente, y sería fácil acabar con los demás, á quienes les faltaba el alma y la cabeza. Como si las cosas se arreglasen á gusto de Gonzaga, al día siguiente, según sabemos, se metían *motu proprio* en la boca del lobo tres de los seis adversarios: Cocardasse, Passepoil y Juan María.

Ya sabemos que habían decidido ir en bus-

ca de Gendry y de sus hombres á la puerta de Montmartre, y que, en su impaciencia, ni siquiera aguardarían á ser provocados, provocando ellos, con su afán de vengarse del baño en el albañal.

El plan de Blancrochet era permanecer tranquilo y dejar á los dos diestros y á su gallito luchar con Gendry y sus acólitos en combate regular, que tendría muchos espectadores imparciales, ignorantes de los antecedentes y dispuestos á favorecer á los que, al parecer, usaban simplemente el derecho de legítima defensa.

Si sus amigos las veían mal dadas, intervendría con su teniente y sus seis bravos hasta que los dos maestros de esgrima mordiesen el polvo.

Al dirigirse á la cita entre sus dos amigos Juan María estaba muy lejos de figurarse que su primer lance iba á ser tan serio y tan famoso, que una hermosa protestante, convertida luego al Catolicismo por el P. Cotton, Ana Margarita Petit, esposa de Dunoyer y madre de la Pimpette amada por Voltaire, transmitiría á las edades futuras en sus *Cartas históricas y galantes* el relato épico «Combate de la Puerta Montmartre.»

Lo que demuestra que la gloria puede estribar alguna vez en las patas de mosca garabateadas por la pluma de una mujer.